

Centro de Estudios “La Cañada”
Taller de Economía 2022

Los problemas del mundo actual

Reunión N° 6

Índice

Reunión N° 1

- Introducción
1. Integración de subjetividad y objetividad
 - 1.1. Los diferentes niveles de subjetividad
 - 1.2. Conciencia global, ideología y política
 - 1.3. La negación de la objetividad
 - 1.3.1. Efectos de la negación de la objetividad - Los falsos debates
 - 1.3.2. Efectos políticos de los falsos debates
 2. La conciencia global
 - 2.1. Papel histórico de la conciencia global
 - 2.2. La evolución de la conciencia global

Reunión N° 2

- Introducción
- 2.3. Un caso de cambio en la conciencia global
 - 2.4. Condiciones actuales de la conciencia global
 - 2.4.1. Cambios en la fase analítica
 - 2.4.2. Cambios en la instancia de las políticas
 - 2.4.3. Conclusiones acerca de las condiciones actuales
 - 2.5. Cambios futuros en la conciencia global
 - 2.5.1. Por tecnologías disruptivas
 - 2.5.2. Por crisis institucional
 - 2.5.3. Por nuevas dimensiones de la realidad

Reunión N° 3

- Introducción
3. Ideologías
 - 3.1. Las ideologías y el tiempo
 - 3.2. Ideologías y bases materiales objetivas
 - 3.3. Efectos de las crisis sobre las ideologías
 - 3.4. El arco de las ideologías
 - 3.4.1. Ideologías progresivas
 - 3.4.2. Ideologías conservadoras
 - 3.4.3. Ideologías regresivas

Reunión N° 4

- Introducción
4. Políticas
 - 4.1. Deformación de las políticas en la instancia analítica
 - 4.2. Deformación de las políticas en la instancia de las acciones
 - 4.3. La deformación de las políticas concretas
 - 4.3.1. Dispersión y contradicción de políticas en el campo progresista
 - 4.3.1.1. Un caso actual
 - 4.3.1.2. Un caso histórico
 - 4.3.1.3. El origen de los errores
 - 4.3.1.4. El papel de las incoherencias
 - 4.3.2. Dispersión y contradicción de políticas en el campo conservador y regresivo

Anexo a 4.3.1.2.

Reunión N° 5

- Introducción
- 5.- Construcción de las políticas
 - 5.1. Diseño y ejecución de las políticas
 - 5.2. La diferenciación de políticas.
 - 5.3. La construcción de políticas regresivas
 - 5.3.1. La exteriorización de las políticas regresivas
 - 5.3.2. Los fundamentos de las políticas regresivas
 - 5.3.3. La comunicación de las políticas regresivas
 - 5.3.4. El papel de la difusión en las políticas regresivas
 - 5.3.5. Los efectos de las políticas regresivas
 - 5.3.6. La neutralización de las políticas regresivas

Reunión N° 6

- Introducción
- 5.4. La construcción de políticas progresivas
 - 5.4.1. Crisis en las políticas progresivas
 - 5.4.2. Una alternativa: equilibrio entre versiones extremas
 - 5.4.3. Las limitaciones de la política económica en el capitalismo
 - 5.5. Una construcción alternativa
 - 5.5.1. Una política progresiva para el siglo XXI
 - 5.5.2. Su construcción en el plano analítico
 - 5.5.2.1. La crisis de los bienes y servicios públicos
 - 5.5.2.2. La crisis regulatoria

Introducción

Estamos trabajando en el plano de la construcción de las políticas. En ese sentido hemos priorizado aquellas surgidas de los polos ideológicos, dada su primacía frente al tipo de crisis actuales. Éstas se caracterizan por presentarse de manera simultánea, aguda y entrelazada, en las diferentes dimensiones de la realidad. En la reunión anterior hemos pasado revista a la construcción de políticas a partir de las reacciones regresivas frente a esas crisis. Ahora lo intentaremos respecto a las de tipo progresivo.

5.4. La construcción de políticas progresivas

Nos interesa esta orientación política, en tanto resulta una continuidad de las tendencias en el muy largo plazo civilizatorio. Y cuando frente a la gravedad de las crisis actuales, de ella depende el futuro del género humano. Por esa razón le dedicaremos, ésta reunión y las restantes del año.

Comenzamos por nuestra preocupación central: el análisis crítico de los graves errores cometidos por las políticas del polo progresivo en el siglo XX. Y a partir de esa experiencia, intentar elaborar una alternativa superadora.

5.4.1. Crisis en las políticas progresivas

A lo largo del siglo XX, las políticas del polo progresista fueron encabezadas por los grupos conocidos como “de izquierda”. Y fueron realizadas en condiciones de una conciencia grupal, asociada a una muy peculiar experiencia histórica. Nos referimos a la creación de la ex - URSS, arrastrando tras de sí, gravísimos errores conceptuales.

Y esos errores provocaron su desaparición, afectando gravemente a todo el arco ideológico de la izquierda. Desde el trotskismo hasta la social-democracia, pasando por los grupos pro-soviéticos y el guevarismo. De manera directa o indirecta, todos fueron afectados por esa experiencia fallida.

Aunque la social-democracia se diferenció desde el inicio con aquella experiencia, al renegar de Marx, como supuesto responsable ideológico de las falencias, terminó dando la razón a los soviéticos, respecto a declararse herederos universales de ese pensamiento. Y esto, cuando la única crítica objetiva a esa experiencia, sólo era posible a partir de ese pensamiento, pues había sido implementada a través de criterios filosóficos diametralmente opuestos a los de sus padres fundadores.

En su versión original, ese marxismo superaba las concepciones económico-estáticas imperantes, sobre todo bajo la forma liberal, dominante a partir del siglo XIX. Al unificar las dimensiones económica y social bajo una

concepción filosófica objetivista (teoría del valor-trabajo), lograba un notable avance en la teoría del conocimiento.

Mientras tanto el contexto cultural, a nivel planetario, proseguía su tarea de zapa. Y logró una verdadera “hazaña”, al introducir, y de manera masiva, formas de pensamiento opuestas, es decir de tipo subjetivista y voluntarista. No solo aislaron al conjunto de la sociedad del objetivismo, sino también contribuyeron a su interpretación deformada por parte de quienes se declaraban seguidores de esa orientación.

En su origen, la filosofía objetivista, fue construida a partir de la crítica al idealismo predominante, es decir, una forma de subjetivismo individual y extremo. Por el contrario, el objetivismo buceaba en los procesos autónomos de la sociedad, a partir de sus condiciones materiales e históricas.

Sin embargo, quienes se auto-adjudicaron la calidad de herederos de ese pensamiento, la interpretaron de una manera alterada, y en consonancia con el contexto cultural. En lugar de hacerlo a través del objetivismo, lo hicieron a partir del subjetivismo y del voluntarismo.

Todo el arco ideológico de la izquierda del siglo XX, interpretó los cambios en la sociedad, como posibles, sólo si provenían de la aplicación voluntaria de una “receta” surgida de mentes privilegiadas. El versus de lo sostenido por quienes eran reconocidos como padres fundadores: los cambios en la sociedad solo eran posibles a partir de los procesos materiales e históricos.

Y no solo el versus. También un absurdo. Esos mismos autores, se habían encargado, y de manera anticipada, de lapidar esta alternativa de interpretación. Dijeron que toda forma de socialismo surgida de la mente de las personas, es decir, excluyendo las tendencias objetivas, debía ser calificada como “socialismo utópico” y caracterizada como anticientífica y reaccionaria.

Aplicar la “receta socialista” conlleva la necesidad previa de “tomar el poder”, llevando a un debate donde la cuestión central fue el acceso a ese poder. Durante todo el siglo XX, y hacia adentro de ese arco ideológico, el único tema en disputa giraba alrededor de las formas de acceder a ese poder, e incluso, como determinante de la profundidad a alcanzar en la aplicación de esa “receta”.

Ese “poder” se identificaba, de una manera simplista, y sólo con el gobierno de cada país. Y a todas las combinaciones posibles de acceso y profundidad en la aplicación de la “receta”, se le denominó “socialismo”. En todos los casos, tanto en su forma revolucionaria como democrática, el acceso al poder era el requisito indispensable. Implementar luego la “receta”,

se consideró algo secundario pues se realizaba por medio de decisiones sólo administrativas.

Al resultado de esa concepción la hemos denominado “socialismo por decreto”, el versus de un socialismo, producto de un proceso. En términos de la filosofía del conocimiento, y en particular, bajo una visión marxista, un verdadero delirio. Sin embargo, ocupó el centro del debate político mundial a lo largo del siglo XX

Para todo el arco ideológico de la izquierda, el socialismo nada tenía que ver con su pensamiento original, es decir, como resultado de un proceso objetivo y autónomo, produciendo cambios cualitativos en la sociedad, sus instituciones y su cultura, a partir de saltos disruptivos en el desarrollo de las fuerzas productivas. El socialismo sólo era posible por medio del acceso al “poder”, de manera democrática o revolucionaria. Eso sí, mediando siempre una férrea voluntad.

Y ya en el “poder”, aplicar la “receta”. Consistía en la intervención estatal instrumentada bajo la forma de controles, regulaciones, estatización de empresas y planificación centralizada. Y eso bastaba para transformar el modo de producción capitalista y convertirlo en “socialista”. Denotaba una supina ignorancia acerca del contenido de la expresión “modo de producción”.

Los sistemáticos fracasos de todos los intentos de aplicación de ese criterio en el mundo, a lo largo del siglo XX, sobre todo bajo su versión revolucionaria, fueron produciendo una adecuación de la versión original soviética. Mientras no fuera posible llevar adelante esa “revolución”, toda intervención estatal, debía ser incondicionalmente apoyada, pues se consideraba una “aproximación” hacia ese socialismo. Meta posible de alcanzar, mediante la mera agregación de acciones estatistas.

La diferenciación entre los grupos del arco de izquierda del siglo XX, consistía en la forma de acceso al poder (revolucionario o democrático); y vinculado a ello, la graduación de ese intervencionismo estatal: estado de bienestar en las diferentes versiones socialdemócratas; estatización de empresas y planificación centralizada en cada país, para la versión soviética y similares. Y lo mismo, pero sólo posible a nivel mundial, para el trotskismo.

La realidad y sus procesos fueron el muro de hormigón contra el cual se estrellaron. El porrazo ideológico por la desaparición de la ex - URSS, resultó demasiado fuerte. Y esa ideología de “izquierda” explotó como una granada, y sus esquirlas, salieron disparadas en todas las direcciones.

En esas condiciones, aparecieron múltiples versiones y todas deformantes del pensamiento original. Variaban, desde convertir aquél intervencio-

nismo, de mero instrumento, en un objetivo en sí mismo, similar al populismo estatista; hasta el vuelco a posiciones diametralmente opuestas a su anterior “izquierdismo”. Muchos se volcaron, de manera lisa y llana, a formas ideológicas opuestas, en particular, el neoliberalismo, acompañado de un violento rechazo a cualquier forma de intervención del estado.

Y todo rodeado de un tufillo religioso. Por una parte, se asemejó a una “expiación de culpas”. Por la otra, la nueva posición fue practicada de manera extrema. Es el conocido efecto psicológico del “extremismo del converso”, es decir, exagerar la nueva posición como única forma de sentirse creíble. Fenómeno por demás habitual en todas las actividades humanas, desde la religión hasta la política, pasando por la adhesión a un club de fútbol.

Esa verdadera eclosión ideológica, ha potenciado la maraña política ya referida, y cuyo efecto negativo más sobresaliente son las formulaciones incoherentes. P. ej., propuestas en el plano económico-social, de apariencia progresista, acompañado de políticas culturales e institucionales, con un definido perfil regresivo.

Decimos, de apariencia progresista, porque desde el vamos, al privilegiar la intervención del estado (planificación, estatización, regulación y controles), otorgan prioridad sólo a la dimensión económico-social. Sin embargo, de un análisis objetivo de la historia del capitalismo, surge la práctica del intervencionismo estatal como instrumento propio del sistema capitalista para coadyuvar a sostenerlo en períodos de crisis.

De esa forma, el capitalismo redistribuye el costo de las crisis sobre los eslabones más débiles de la sociedad. Privatiza las ganancias, pero socializa las perdidas. A lo sumo, mediante políticas asistencialistas, intenta hacer más llevaderas las condiciones de pobreza.

Y ese intervencionismo capitalista, tendiente a salvar las crisis recurrentes, detenta como máxima expresión el papel del banco central. Nace en la cuna del pensamiento económico liberal, y a principios del siglo XIX, cuando Inglaterra, manejaba la economía mundial. A partir de los bancos de emisión estatales ya existentes desde siglos atrás, comenzó a realizar el control de los bancos. Luego, a mediados de ese siglo lo perfeccionaron con funciones como la de prestamista de última instancia, Y ya en pleno siglo XX, introdujeron el control de cambios.

La idea básica consistió en dotar a los bancos de emisión, nacidos estatales, de funciones más amplias de política económica. Esa práctica, en un inicio, existió sólo en Inglaterra, no por casualidad, en el centro de la economía planetaria del siglo XIX y del pensamiento liberal. Y a partir de la crisis mundial del “martes negro” en Octubre de 1929 en la Bolsa de Nueva York, fue adoptada por todos los países del mundo. Esos bancos centrales

se convirtieron en el instrumento fundamental para paliar las recurrentes crisis del capitalismo.

Llegar a plantear, por parte de sectores políticos, presentados como supuestos “campeones” del capitalismo, la desaparición del banco central como eje de su propuesta política, pinta de cuerpo entero la confusión creada por la crisis, sobre ideologías demasiado endebles. No solo deforma ideologías, también llega a provocar fuertes perturbaciones mentales.

Se debaten sólo falsos extremos. Políticas progresivas basadas sólo en un intervencionismo a todo trance, suponiendo una economía manipulable al antojo del gobierno de turno; y políticas regresivas cuyo único objetivo es la desregulación total (banco central incluido).

Para ambos polos, los procesos objetivos del capitalismo no existen ni podrían llegar a existir. De esa forma, el capitalismo (incluso bajo su actual forma globalizada) carecería de bases materiales e históricas. Sería una especie de ideología virtual, posible de modificar, como si fuese una plastilina, con sólo aplicar fuerza de voluntad.

5.4.2. Una alternativa: equilibrio entre versiones extremas

Los criterios de voluntarismo extremo aparecen tanto en los planteos políticos del populismo como del neoliberalismo. Y no se trata de una selección caprichosa de grupos, fáciles de ridiculizar por su endeble ideología, a fin de facilitar la “justificación” de nuestros criterios. Estamos hablando de los grupos políticos mayoritarios, no solo en Argentina, sino también en el mundo.

Y en ambos grupos, encontramos planteos de búsqueda de equilibrios entre los extremos. Sin embargo, si las posiciones extremas resultan falsas, debido a su carga de subjetivismo y voluntarismo, todo supuesto punto de ecuanimidad entre los extremos, también será falso. Forman parte de las denominadas posiciones pragmáticas.

Una de sus formulaciones más habituales se resume en la sentencia: *"Tiene que haber tanto mercado como sea posible y tanto Estado como sea necesario"*. ¿Alguna vez lo escucharon? El error radica en suponer la posibilidad de manipular, al antojo del gobierno de turno, las dosis “exactas” de estado y mercado.

Otra forma de expresar un supuesto “equilibrio” entre polos, resulta de partir de la defensa de la continuidad del capitalismo, pero sólo a través de la intervención plena del estado. Y no como una política coyuntural para salvar los baches generados por las crisis (interpretación keynesiana), sino en base a una intervención total y permanente.

Esta intervención del estado como un fin en sí mismo, es sostenida por los sectores autodenominados “populismo de izquierda” y apoyada por

quienes se declaran herederos de la interpretación soviética del marxismo. Para ellos, el accionar del Estado, por sí solo, puede eliminar las crisis y transformar los efectos regresivos, típicos del capitalismo, en efectos progresivos.

Nos interesa esta versión por resultar el criterio vigente en Argentina, respecto a encontrar un equilibrio entre los extremos. Y su expresión más definida, la encontramos en una exposición de Cristina Fernández de Kirchner en su carácter de Presidenta del Senado, en una reunión de parlamentarios de países de origen latino. (Fuente citada más abajo).

Luego de ensalzar al capitalismo: “*Creo que sinceramente el capitalismo se ha demostrado como el sistema más eficiente y eficaz para la producción de bienes y servicios*”, propone centrar el debate alrededor de si en ese capitalismo deberían primar, o bien las “leyes de mercado”, o bien las “leyes del estado”. Se inclina por la segunda alternativa y esto supone que la intervención del estado, por sí misma, resulta capaz de eliminar las crisis recurrentes del capitalismo y sus efectos sociales regresivos.

A continuación del texto citado de CFK, su conclusión más importante: “*Las desigualdades no son un producto de la naturaleza, son un producto de decisiones políticas o de falta de decisiones políticas*”. Significa un capitalismo donde no existen ni pueden llegar a existir, procesos autónomos con efectos perversos y deformaciones tales como la desigualdad de ingresos. En estas afirmaciones, ese tipo de fenómenos, solo pueden ser producto de decisiones buenas o malas desde el Estado. Es el subjetivismo y el voluntarismo llevado a su máxima expresión.

Por el contrario, bajo nuestra interpretación, esa desigualdad proviene del propio sistema, y agravada en la periferia por sus deformaciones históricas. Las políticas convencionales (ortodoxas o heterodoxas) solo podrían agravar o atenuar sus efectos. Ninguna de esas políticas puede llegar siquiera, a rozar los procesos estructurales existentes tras las anomalías percibidas en la superficie.

Los comentarios periodísticos sobre esta exposición, sólo aludieron a las “chicanas” por la “interna” del oficialismo, desperdigadas en el texto. Ningún medio de comunicación analizó este aspecto.

Dada la importancia que le adjudicamos, **rogamos** su lectura completa en: <https://www.pagina12.com.ar/415092-el-discurso-completo-de-cristina-kirchner-en-el-cck>.

5.4.3. Las limitaciones de la política económica en el capitalismo

La intervención del estado en la economía, ha sido la característica central de la política económica de todos los países del mundo, desde la crisis

de los ´30 en el siglo XX. Y ha demostrado capacidad, pero solo para atenuar los efectos sociales regresivos del capitalismo.

Por medio de esas políticas, denominadas genéricamente “Estado de Bienestar”, nunca se pudo (ni se podría) llegar a evitar las recurrentes crisis del capitalismo, producto de procesos objetivos y autónomos, que siempre terminaron arrasando con los efectos progresivos parciales de las políticas paliativas propias de ese intervencionismo, y practicadas desde las primeras décadas del siglo XX.

Y eso abarcó el planeta entero, tanto a los países centrales, como a los periféricos. Y en éstos, con crisis agravadas por sus deformaciones históricas posibles de bucear hasta su pasado colonial.

Esta secuencia de intervencionismo y crisis, es el resultado de un proceso. El versus de los supuestos voluntaristas respecto a una capacidad todo-poderosa del estado para orientar la economía, que va desde la posibilidad de imponer un “capitalismo perfecto” del neoliberalismo, hasta un “socialismo por decreto” del populismo.

Por el contrario, de un análisis objetivo de las prácticas históricas en el sistema capitalista, surge una debilidad congénita de las políticas gubernamentales, respecto a los efectos de las decisiones de los agentes económicos del sector privado. Estas detentan un mayor impacto macroeconómico, respecto a cualquier alternativa imaginable de política económica gubernamental en ese contexto.

La mayoría de las medidas posibles, sólo son de efecto indirecto, es decir, su eficacia depende, en última instancia, de la decisión de los agentes económicos de aceptar o no las ventajas ofrecidas a cambio de adoptar determinada orientación en sus decisiones.

Esas medidas solo inducen (no obligan) a adoptar determinadas decisiones (legislación impositiva, crediticia, cambiaria, etc.). Intentan determinados comportamientos de los agentes económicos, pero nunca podrían garantizar sus resultados.

Y no lo pueden hacer porque su análisis y operatividad sólo se realiza respecto a la superficie visible del problema y no sobre sus estructuras subyacentes, las reales generadoras de los efectos visibles. Esta incapacidad se potencia en los países periféricos, donde las políticas de estímulos, en un contexto de fuertes deformaciones estructurales, a su vez, totalmente ignoradas en la instancia analítica, en lugar de inducir secuencias virtuosas, provocan efectos perversos, es decir, diametralmente opuestos a los esperados.

Y más débiles aun, cuando toda la política económica conlleva limitaciones muy fuertes. Para hacer posible inducir comportamientos, las medi-

das de política económica deben contar con soberanía monetaria, y sus efectos serán sólo hacia adentro de cada país.

Bajo esos condicionamientos, el proceso objetivo de globalización del capitalismo limita seriamente las políticas (p. ej., regulaciones solo nacionales), agravado en casos como el de Argentina, donde el proceso de dolarización limita seriamente la soberanía monetaria, afectando toda la política económica.

Y al mayor peso relativo de las decisiones de los agentes privados, debe agregarse la tendencia hacia su concentración, también producto de los procesos. De esa manera se potencia su capacidad para orientar su incidencia macroeconómica. Y si a eso le sumamos una dolarización altamente concentrada, ya significa, no solo efectos perversos de la política económica gubernamental, sino también la posibilidad de dirigir esos efectos. Aparece la posibilidad de los llamados “golpes de mercado”.

Las decisiones de los agentes económicos privados abarcan un abanico muy amplio. En materia de inversiones: dentro o fuera de la economía, en la producción o en la especulación, en cual sector de actividad o región, su nivel tecnológico (mano de obra o capital intensivo), etc.; en materia de consumo: productos de consumo masivo o bienes de lujo; en materia de ahorro: fuera o dentro del sistema bancario, en moneda nacional o extranjera, etc.; tomar crédito en pesos o en divisas; trasladar o no los costos impositivos a los precios; y decenas de decisiones equivalentes.

Frente a estas profundas limitaciones, suponer a los instrumentos de política económica, como poseyendo una capacidad infinita para modificar la realidad económico-social, resulta verdaderamente suicida. Un caso concreto ocurre frente al proceso de dolarización (bi-monetarismo), al que se pretende solucionar mediante ingenuas medidas de “pesificación”.

Es resultado de considerar a la dimensión socio-económica de manera aislada y solo en su superficie visible. Una forma práctica de simplificar una realidad inherentemente compleja, y justificada, o bien como “mandato científico” o bien, para enfrentar una complejidad artificial para “engañosar a las masas”.

De allí, resulta la visión de una realidad manipulable a voluntad. Y por ende, acorde a la imagen mental de cada persona, y la posibilidad de introducir en ella, todo cambio surgido de la imaginación.

Bajo esos supuestos, la política económica convencional, corregida por las versiones heterodoxas, sería suficiente para modificarla. Sin embargo, su impacto sigue siendo sólo indirecto y con las profundas limitaciones analizadas. Y más aún cuando, por la introducción a priori de ideologías

“nacionales”, cualquier pretensión de adherir a regulaciones internacionales, es rechazada de plano.

Pero no solo es el pensamiento de las diferentes variantes del populismo. También es sostenida por los herederos de la izquierda típica del siglo XX. Por vía de decisiones institucionales, es decir, por la mera acumulación de acciones intervencionistas, resultaría posible, no solo neutralizar los efectos regresivos del capitalismo, sino también constituir el portal de acceso a una modificación radical del sistema de producción y consumo, el llamado modo de producción.

Es decir, la política económica no sólo podría paliar la regresividad social, también llegar a modificar el conjunto de las fuerzas productivas, las relaciones sociales, y su envoltura cultural e institucional, es decir el modo de producción.

Sigue incidiendo la interpretación soviética del marxismo, con la propiedad estatal, como sustituto perfecto de la propiedad social. Durante la vigencia de la ex - URSS, el periodismo mundial, lo denominó “socialismo real”. Aludían a la idea de una transformación de la propiedad privada en propiedad social, como una utopía. Incluso ratificaba el criterio soviético: el único socialismo posible debía reemplazar el concepto de propiedad social, por el de propiedad estatal.

5.5. Una construcción alternativa

La superación de ese debate solo es posible mediante el análisis de las tendencias objetivas. En ese sentido, el siglo XX fue un periodo donde el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, regido por una tecnología de rendimientos decrecientes, seguía necesitando de la decisión de un dueño o gerente para evitar caer en tramos de rendimiento decreciente de la curva de producción.

Por ende, la necesidad de implementar la propiedad social seguía apareciendo como muy desdibujada. El único “socialismo” posible, necesitaba imponer su reemplazo con el “muleto” de la propiedad estatal y sus instrumentos: controles, regulaciones, estatización y planificación.

Como resultado de aquella interpretación, la izquierda tradicional del siglo XX, a partir del tremendo impacto provocado por la desaparición de la Unión Soviética, se ha volcado, y de manera masiva, a un intervencionismo a destajo, típico del populismo de izquierda. Y lo justifican como una forma posible de “acercarse” al socialismo. El intervencionismo estatista ha pasado, de instrumento para acceder al socialismo, a convertirse en un objetivo en sí mismo.

Frente a este cúmulo de distorsiones, construir políticas progresivas exige “ir a mazo y dar las cartas de nuevo”, a fin de generar coherencia en

las políticas en todas las dimensiones de la realidad. Las distintas variantes del concepto de “revolución social”, ahora actualizado por el de “proyecto de sociedad”, denotan un voluntarismo compulsivo, como efecto de la cultura dominante.

El problema radica en resultar, la misma fuente filosófica de las ideologías y políticas regresivas. Los chispazos de coincidencias que comienzan a aparecer entre populismos de derecha e izquierda, y a nivel mundial, no son una mera casualidad.

Los procesos ya voltearon el criterio de una “revolución” para acceder al “poder” y desde allí, modificar el sistema socio-económico. Los cambios en el modo de producción jamás podrían producirse a partir del voluntarismo. Forman parte de procesos y éstos han disparado efectos ideológicos en todas las direcciones imaginables.

Quienes intenten ubicarse en un lineamiento progresista deberán primero reconocer los procesos, las crisis y las ideologías generadas a fin de diferenciarlas. De esa manera será posible promover unas, y bloquear y/o quebrar, otras.

Esto se fundamenta en la experiencia histórica. El capitalismo superó el modo de producción feudal a través de un proceso que fue posible por las revoluciones. Sobresalen las ocurridas en Francia e Inglaterra en el siglo XVIII, las guerras por la independencia en las colonias americanas en el siglo XIX, y en colonias africanas y asiáticas, durante el siglo XX. Fueron hitos muy importantes en la instauración planetaria del capitalismo.

Sin embargo, en ningún caso fueron realizadas para “imponer la receta” del capitalismo. En todos esos casos fueron concretadas, para introducir cambios institucionales y culturales, necesarios para el desarrollo pleno de un **capitalismo ya existente**. Fueron revoluciones de neto corte político, y no para imponer cambios socio-económicos, sino para adaptar las instituciones y la cultura a los cambios ya generados por procesos objetivos y autónomos.

La experiencia histórica nos indica la necesidad de acciones equivalentes en el futuro. Pero también serán revoluciones políticas (y no necesariamente sangrientas), a fin de adaptar las instituciones y la cultura a los cambios en la tecnología y en las relaciones sociales que ya han comenzado a producirse. Serán revoluciones tendientes a desplazar del poder político a los grupos regresivos y conservadores, a fin de introducir las adaptaciones de las instituciones y la cultura, necesarias para el desarrollo pleno de un nuevo modo de producción y consumo en ciernes.

Por ahora, esas condiciones sólo comienzan a asomar. Pero, en el futuro, existirán de manera plena en materia productiva y social, y marcarán a

fuego la conciencia global. Esto hará posible realizar esos cambios mediante un apoyo masivo, similar a los cambios producidos en la sociedad feudal, y no por medio de batallas “épicas”, conducidas por “vanguardias esclarecidas”.

Hacer una “revolución socialista” para tomar el poder y así poder luego modificar por “decreto” el modo de producción, supone a ese acceso, como el requisito esencial para modificar el sistema socio-económico. Y proviene de la interpretación soviética del marxismo, que reclamó para sí, el carácter de “heredero único y universal” de ese pensamiento.

Sin embargo, bajo la óptica del propio Marx, resulta un absurdo. Supone, a partir de la “toma del poder” (por la fuerza o por los votos), resultaría posible manipular la realidad desde el Estado. Solo bastaría aplicar la “re-ceta” estatista.

De hecho, estaban rechazando el núcleo de esa doctrina. Su meollo, implica la hipótesis de la existencia de procesos autónomos y objetivos. Ignorarlo, provocó la desaparición lisa y llana del “socialismo soviético” y la restauración del capitalismo en Rusia, pero ahora, bajo una modalidad mañosa. Una verdadera parodia.

No se trata de realizar una “revolución social”, ni el tan mentado “proyecto nacional”. La primera supone un estadio a alcanzar sólo construido en nuestra mente, y al margen de las tendencias objetivas. Y como tal sólo una utopía, rechazada de plano por los padres fundadores,

Por su parte el “proyecto nacional”, supone alcanzar un objetivo, y permanecer estático de allí en adelante. Coincide con el criterio de revolución en cuanto a construcción mental, pero donde ya no quedaría nada por transformar. P. ej., un sistema capitalista integralmente manejado desde el Estado. Algo incompatible con un supuesto fundamental: un mundo en permanente transformación a partir de los cambios históricos de su base material.

Por otra parte, el criterio de “proyecto nacional” tiene como objetivo lograr la “felicidad del pueblo”. Sin embargo, esa “felicidad” es un concepto de subjetividad individual y no social. Y sin cartabón alguno para objetivarla. En ese sentido, las políticas también deberían abarcar objetivos individuales de felicidad. Para ello debe crear condiciones donde cada individuo pueda desarrollarse en plenitud, acorde a su propia interpretación de la felicidad.

Bajo ambos criterios, “revolución social” y “proyecto nacional”, los procesos autónomos no existen ni pueden llegar a existir. Nosotros agregaríamos: “no deberían existir”, pues si llegaran a aceptarlos como posibles,

todos los esquemas subjetivistas y voluntaristas se derrumbarían como un “castillo de naipes”.

Sin embargo, mientras nos entretenemos con falsos debates, los procesos siguen avanzando, y de manera arrolladora, disparando cambios de conciencia en todas las direcciones del arco ideológico. Pero son “ciegos, mudos y sordos”. Nada conocen acerca de ética, libertades, nacionalismos, socialismos, y otras hierbas. No se detendrán ni un instante a escuchar argumentos a favor o en contra de la diversidad de “principios” para alcanzar la felicidad. Una “felicidad” sólo es posible de interpretar, en la dimensión de la psicología individual, sin posibilidad alguna de objetivar y por ende, típica de un subjetivismo extremo e individual: el idealismo.

5.5.1. Una política progresiva para el siglo XXI

En la reunión anterior hemos analizado los efectos del impacto regresivo de las crisis sobre las ideologías y las políticas. Ahora nos interesa conocer cómo superarlos a partir de construir políticas progresivas.

El criterio básico para instrumentar políticas progresivas resulta de partir de un diagnóstico de las condiciones objetivas de los procesos autónomos y de las condiciones subjetivas de la conciencia global. Y en ambos casos, bajo la hipótesis de su cambio permanente.

Una ideología progresista, en lugar de partir de criterios de subjetividad individual o grupal, exige la existencia previa de un diagnóstico tendiente a percibir y diferenciar los impactos (progresivos, conservadores y regresivos) de los procesos y sus efectos sobre la conciencia global, a fin de decidir respecto a cuales impulsar, y cuales neutralizar y/o quebrar.

Sin embargo, en la práctica política predomina un criterio diametralmente opuesto. Parten de niveles de conciencia grupal, congelados en algún punto de la historia. Y sobre esa base se construyen ideologías, no solo cristalizadas, sino también reemplazantes del diagnóstico.

La extrema debilidad de esos criterios, en términos del conocimiento, hace posible desembocar en prácticas políticas muy endebles. Y terminan por encontrar apoyatura, sólo en resultar el versus de las prácticas del “enemigo” de turno.

Aquí reside la fuente principal de los errores cometidos. Los grupos mayoritarios, tanto neoliberales como populistas, fundamentan sus políticas en resultar el versus de las practicadas por quienes consideran sus “enemigos”. Están aplicando, de manera consciente o inconsciente, la doctrina política de Carl Schmitt. Quienes conocen la historia de ese personaje, comprenderán porque nos limitamos sólo a mencionarlo, sin dar antecedentes.

Y se refleja en todos los debates de política económica: control o liberalización de precios; prioridad al consumo o a la inversión, agudizar las regu-

laciones o desregular; etc. Los graves errores cometidos por unos y otros vuelcan los resultados en el siguiente turno electoral y terminan provocando, en el largo plazo, los ya clásicos efectos “pendulares”. Sus desastrosos resultados en el largo plazo del caso de Argentina, no son una casualidad.

Por eso insistimos en la necesidad de construir políticas a partir de una instancia analítica, es decir, revisar la realidad como un todo unificado con sus diferentes dimensiones y niveles, a través de sus procesos materiales y ubicados históricamente. Sobre todo profundizar en los períodos de crisis agudas, donde aparecen puntos de inflexión, modificando los procesos y rediseñando la conciencia global.

El principal obstáculo para hacerlo, surge del mensaje transmitido por el contexto cultural. Esa información nos dice, que para el análisis de la realidad, la mente debe realizar un esfuerzo. Pero no para conocer su complejidad inherente, sino para forzar su simplificación. A este criterio lo encontramos en el trasfondo de todos los ciclos educativos y en los medios masivos de comunicación, ambos soportes claves del contexto cultural.

Y lo más grave, reproducido en el ámbito universitario. En particular en ciencias sociales, principal alimentador de la política. Y funciona a la manera de un velo tendiente a ocultar las condiciones estructurales tras las cuestiones que asoman en superficie.

Si esto sucede en el plano académico, no debería sorprender ver a la política adoptar los criterios de una visión unidimensional y superficial de la realidad. De allí surgen las típicas desviaciones unidimensionales: sociologismo, economicismo, psicologismo, ambientalismo, género, sexo, etc.; demostrativas de la existencia de un velo, que impide, no sólo percibir la realidad como un todo y por niveles, sino también un sistemático rechazo a esa posibilidad.

Sin embargo, cuando en coyunturas como la actual, las crisis se presentan de manera simultánea, y potenciadas entre sí, ponen al desnudo el carácter multidimensional y multiniveles de los fenómenos, y su origen en las interacciones entre naturaleza y sociedad. Todo esto, hasta ahora, difícil de visualizar, dado el velo cultural existente. Las nuevas condiciones, producen el estallido de la conciencia global, y sus fragmentos se disparan en todas las direcciones.

Es en ese contexto donde se desarrollan todo tipo de ideologías. Las de corte regresivo llegan, tanto, a rechazar la existencia del problema, como adjudicar su responsabilidad a seres malignos. Pero también resulta posible, a partir de esos shocks en la conciencia global, la aparición de ideologías progresivas cuyo mandato central resulta de superar el problema sólo a partir de una instancia analítica y aplicar criterios ideológicos compatibles con las tendencias del largo plazo civilizatorio.

Surge la necesidad de aplicar criterios progresivos a la acción política, superando los criterios erróneos de la izquierda del siglo XX. En aquel esquema, las crisis sólo podían resultar de naturaleza socio-económica, creando de manera automática y unívoca (mecanicismo), condiciones grupales progresivas. Desechaban la existencia de efectos simultáneos de tipo regresivo. Su presencia era adjudicada, no a los procesos, sino, a la voluntad de seres intrínsecamente malignos. ¿Alguna diferencia con la derecha de ese mismo siglo XX?

Y las actuales crisis siguen produciendo efectos regresivos. La especulación geopolítica con vacunas en plena pandemia, es un claro ejemplo de los efectos de regresividad (ausencia total de solidaridad) individual y grupal, que acompañaron a las crisis pandémica. Algo similar resulta de la interpretación del filósofo Agamben respecto a una pandemia inexistente, creada artificialmente sólo con el objetivo del control social, etc.

Estas crisis del siglo XXI, está creando múltiples condiciones regresivas. Una de las más importantes, se expresa en los éxitos electorales de partidos políticos caracterizados por sus planteos ultra-regresivos. Aún en casos como el de Francia, donde la candidata de esa corriente fue derrotada, todos los analistas políticos coinciden en reconocer su avance sistemático a través de las elecciones presidenciales y legislativas de las últimas décadas.

Este avance de las corrientes regresivas (incluye la ultra-derecha, de la anterior esquematización ideológica), pone en grave riesgo las propias formas democráticas. No solo combaten su avance en términos progresivos, tales como la transparencia y participación, sino también intentan dinamitar sus limitadas formas actuales.

El peligro deriva de eventuales gobiernos de regresividad extrema, en las actuales condiciones tecnológicas. Existen bajo ese riesgo, países con capacidad nuclear y otras armas de destrucción masiva (caso de EEUU y Francia); y una cantidad mayor de países cuyos organismos de seguridad disponen o pueden hacerlo, de toda la parafernalia de la digitalización ya existente y orientada al control social (drones, seguimiento por telefonía móvil, control de redes sociales, software de reconocimiento facial, etc.).

También el riesgo de políticas xenófobas frente a los gigantescos desplazamientos humanos por hambre, desastres naturales, cambio climático y guerras.

Incluso riesgos de regresividad extrema en la dimensión socio-económica. En medio de las violentas crisis actuales, propias del sistema capitalista, en conjunción con la debilidad congénita de economías dependientes, pretender eliminar el banco central, tal como se ha postulado en Argentina, como eje central de una plataforma política, resulta de una peligrosidad social extrema.

La lista completa sería interminable, pero deja en claro el papel crítico a desempeñar por las corrientes políticas que pretenden ubicarse en el polo de la progresividad, cuya tarea central resulta de discernir entre efectos progresivos y regresivos y encarar la lucha por el desarrollo de unos y el quiebre de otros.

De estas condiciones surge la necesidad de replantear de manera integral la problemática de la construcción de políticas, cuando se proclaman objetivos progresivos. Los gravísimos errores cometidos en el siglo XX y actuales, derivados de la práctica del subjetivismo y el voluntarismo, influidos por el contexto cultural, conllevan una visión unidimensional de la realidad que otorga una prioridad excluyente a la dimensión socioeconómica y tiende a reemplazar el diagnóstico por la ideología.

En ese sentido, las actuales condiciones de crisis, comienzan a hacer posible asumir esas deformaciones, acceder a la complejidad¹ inherente de la realidad, y con ello hacer posible comenzar a superar aquellos errores.

Para ello necesitamos una metodología y la desarrollamos en los dos planos de nuestro esquema básico: el campo analítico y la implementación de políticas concretas. En esta reunión analizaremos la primera de ellas. Las reuniones siguientes estarán dedicadas a cómo encarar esas políticas concretas.

5.5.2. Su construcción en el plano analítico

Al plano analítico lo sintetizamos en la necesidad de un diagnóstico previo. Y el obstáculo central para realizarlo, radica en los estudios convencionales vinculados a las ciencias sociales, tradicionales alimentadores de la política (sociología, economía, psicología social, etc.), y deriva de la influencia en ellos de los cartabones culturales dominantes: subjetivismo y voluntarismo.

El diagnóstico, o bien es rechazado de plano y reemplazado, de hecho, por la ideología, es decir un pre-juicio; o bien, aunque ese diagnóstico se efectiviza, se realiza mediante forzar un tratamiento simplificado de la realidad, es decir, unidimensional y superficial. Y se efectiviza por vía de la medición estadística de relaciones solo causales y en una sola dirección. Todas las relaciones son funcionales, del tipo “ $y = f [x]$ ”, consideradas como el summmum del aporte de las ciencias sociales a la política.

Por el contrario un verdadero diagnóstico debe comenzar por una mirada multidimensional. En lugar de una búsqueda del modelo “lo más sencillo posible”, debe trabajarse bajo el supuesto de la complejidad inherente de la realidad. Bajo ese criterio en lugar de relaciones causales, aparecerán los procesos, su retroalimentación, acumulación de efectos y sus puntos de inflexión. Y en algunos casos, habrán ya atravesado puntos de no retorno.

Tomemos el caso de la pobreza, hasta ahora sólo tratada como una problemática aislada de sus factores estructurales. Bajo ese criterio, sólo aparece una relación causal entre pobreza y nivel de la actividad económica, y “probado” estadísticamente por una altísima correlación entre ambos.

Bajo esa visión, tanto el objetivo como los instrumentos están “cantados”. Sólo basta aplicar políticas de reactivación para volver a los niveles de actividad anterior y por ende volver al tan ansiado “pleno empleo”. Y el bache temporal, es decir, el interregno hasta surtir efecto esas medidas, cubrirlo mediante políticas asistencialistas.

Pero los resultados han sido, son y serán solo parciales y transitorios pues atacan solo la superficie del problema. Aunque esas políticas lograron algunos avances (p. ej., reducir los niveles de pobreza aguda como indigencia), en ningún caso han logrado bloquear los factores de reproducción de esa pobreza, haciendo posible proseguir su avance implacable.

Las medidas adoptadas (reactivación y asistencialismo) no podrían nunca llegar siquiera a rozar los problemas estructurales y su capacidad de reproducir la pobreza. Éstos siguen actuando libremente y el fracaso de esas políticas, de intención original transitoria, las convierte en permanentes. Y en el largo plazo, en lugar de combatir la pobreza, contribuyen a consolidarla.

Pero la luz arrojada por los reflectores de la crisis, comienzan a transparentar esos procesos. Sobre todo cuando los logros parciales obtenidos, son arrasados, una y otra vez, por las recurrentes crisis, y que las medidas adoptadas, nunca podrían impedir. Y menos aún, cuando se trata de crisis simultáneas en distintas dimensiones y potenciadas entre sí.

Ese tipo de políticas, en lugar de retrotraer los problemas estructurales tras la pobreza, agravan sus niveles históricos. En ningún país del mundo, y considerando el largo plazo, dejó de agudizarse la polarización distributiva, uno de los factores estructurales más importantes en el caso de la pobreza.

Y esto porque las crisis nunca tienen un efecto específico, sino global. No solo está generando pobreza, tal como lo indica la visión aislada y superficial del problema. De manera simultánea agudiza los procesos estructurales subyacentes, reproductores de la pobreza.

Este fenómeno de la pobreza es analizado de manera deformada, pues permite mostrar éxitos parciales en períodos donde disminuye. Por el contrario, si en lugar de pobreza analizáramos la polarización distributiva, surgiría una trayectoria siempre regresiva.

Y esa regresividad sistémica de los factores estructurales tras la pobreza, se agudiza pues, de manera simultánea esas crisis, están creando otras contradicciones, agudizando esa polarización distributiva. Incluso imponen

restricciones a las políticas tradicionales de combate a la pobreza, es decir, dificultando la reactivación y el asistencialismo.

Sin embargo, esas mismas crisis contribuyen a despejar la bruma. Comienzan a aparecer, en lugar de relaciones causales entre pobreza y el nivel de actividad, la existencia de procesos autónomos reproductores de esa pobreza: educación, alimentación, salud, polarización distributiva, etc. Incluso surge como, el fracaso de las políticas convencionales, lleva a su insistencia en las mismas, convirtiéndolas de transitorias en permanentes. Y se transforman en un factor más de recreación de la pobreza.

Por esa razón, las políticas progresistas, para resultar tales, requieren de un análisis previo alternativo. Y comenzar con un cambio radical en esa instancia, a partir de la hipótesis de una complejidad inherente de la realidad, aplicando criterios multidimensionales y por niveles.

Hoy ya resulta un absurdo aplicar criterios economicistas a la energía al margen de la necesidad de una transición hacia fuentes alternativas, con el objetivo de quebrar las fuentes del cambio climático. Tampoco puedo tratar la cuestión ambiental al margen de la problemática de la salud. Ni las políticas contra la pobreza al margen de la educación y la salud. ¿Alguien tiene alguna duda respecto a la necesidad de un cambio radical en el enfoque tradicional de construcción de políticas progresistas?

Bajo esos cambios, aparecerán los viejos fenómenos y otros enteramente nuevos, en la forma de procesos retroalimentados, donde debemos indagar acerca de su origen, sus efectos acumulativos y la existencia de puntos de inflexión. Veamos como juega cada uno de ellos.

Multidimensional: en lugar de partir de la compulsión a simplificar, debemos hacerlo desde la hipótesis de su complejidad inherente. Para ello se requiere de un análisis multidimensional a fin de superar falsos debates, provocados por los análisis parciales de tipo unidimensional (Ver en Punto 1.3.1. de la primera reunión de 2022, el caso del Acuerdo con el FMI).

Procesos: las interacciones intra e inter dimensiones, generan procesos autónomos a identificar, que de manera inevitable culminan en crisis. Es el versus de las explicaciones de aparición de fenómenos negativos debido al azar, la aparición de “cisnes negros”, o la responsabilidad ad-hominem.

Retroalimentación: el instrumento matemático más utilizado, es decir, las relaciones funcionales, suponen una vinculación entre causa y efecto, y siempre en una misma dirección. Sin embargo, a partir de la formación del universo (¿big-bang?), el condicionamiento mutuo de tiempo y espacio, hace posible que todos los fenómenos contenidos en ese universo, tanto de la naturaleza como de la sociedad, resulten causa y efecto de manera simultánea.

Origen: la interacción entre los fenómenos de cada una de las dimensiones y entre ellas, es la génesis común de todas las crisis consideradas un problema para la vida humana. Por el contrario, si a la manera convencional los representamos por medio de relaciones funcionales, lo medimos por su grado de correlación estadística, y solo consideramos esas vinculaciones dentro de una de esas dimensiones, estamos fijando supuestos falsos (dimensión seleccionada y relaciones causa-efecto), prefijados de manera arbitraria, es decir generados por una intuición (de) formada por el contexto cultural, y cuyo efecto inevitable será una larga retahíla de errores potenciados entre sí.

Acumulación: debemos partir de la hipótesis de la irreversibilidad de los procesos y por ende con efectos acumulativos en el tiempo. Este el versus de la hipótesis más habitual en la investigación académica, donde todos los fenómenos, tanto de la naturaleza como de la sociedad son reversibles. De esa manera se justifica realizar sólo políticas reparativas, pues siempre sería posible retrotraer las condiciones a su anterior situación.

Puntos de inflexión: la acumulación en el tiempo de los fenómenos retroalimentados produce rupturas. Esto genera cambios de dirección y/o puntos de no retorno. Para el análisis convencional, esto no existe ni puede existir. Por definición, es decir, sin necesidad de probarlo de manera científica, supone la atemporalidad de los fenómenos.

Hemos resumido esta problemática de la instancia analítica pues ya ha sido desarrollada en el curso del 2021, y por ende no abundaremos en ella. En esta oportunidad nos interesa remarcar la necesidad de realizar esa fase, bajo una mirada multidimensional y multinivel, permitiendo observar los procesos y como éstos afloran en forma de crisis.

La importancia de esta observación “desde otra colina” radica en, no solo exigir un diagnóstico global sino también sugiere (y “a gritos”), cuales son las tendencias progresivas a desarrollar y cuales las conservadoras y regresivas, a neutralizar y/o quebrar.

De esa manera podremos instrumentar diagnósticos que nos permitirán adelantarnos a las crisis y elaborar políticas alternativas para el sistema global de producción y consumo (modo de producción), formado por las dimensiones reconocidas por la conciencia global: económica, social, ambiental, institucional, geopolítica, etc.

Analizamos, a modo ejemplificativo, dos de esas crisis, cuyo diagnóstico objetivo, nos define cuál es su respectiva salida progresiva. Una de ellas, es el déficit de bienes y servicios públicos, ubicada en la dimensión socio-económica. La otra, se refiere al déficit regulatorio frente al desarrollo tecnológico, ubicada en la dimensión institucional.

5.5.2.1. La crisis de los bienes y servicios públicos

La superposición y entrelazamiento de las crisis ha puesto al descubierto una de las principales falencias del actual sistema de producción y consumo: el déficit en la producción y regulación de bienes y servicios públicos. Su contracara: la superproducción, saturación y desregulación en materia bienes privados.

Si las leyes de mercado no funcionan en materia de bienes públicos (Ver punto 2.5.1. en la 2da. Reunión de 2022), otorgar prioridad al funcionamiento de esas leyes, el meollo de las políticas neoliberales, implica de hecho, promover los bienes y servicios privados, es decir aquellos posibles de identificar al beneficiario y por ende su fuente de financiamiento. De hecho, esa prioridad a las leyes de mercado, limitan seriamente, la provisión de bienes públicos.

Y lo limitan, porque el estado interviene y a nivel mundial. Pero no por los objetivos sociales que se proclaman, sino para forzar el funcionamiento de las leyes de mercado frente a sus recurrentes crisis. Para ello introduce “ajustes” a fin de superar los desequilibrios creados por el propio sistema capitalista, y así evitar una crisis terminal.

Incluso el grueso de la ayuda social se orienta hacia la provisión de bienes privados (bolsones de alimentos o dinero en efectivo cuya prioridad, sin duda, son los alimentos; subsidios a tasa de interés para la adquisición de artefactos para el hogar; etc.). Y no hacia bienes públicos, tales como infraestructura en villas de emergencia: viviendas de materiales, agua potable, cloacas, conectividad y similares.

La subsistencia del capitalismo, necesita de una permanente intervención del estado mediante ajustes periódicos. Y el grueso del impacto negativo de esos ajustes, terminan recayendo sobre los bienes públicos. Y se traduce en déficits, expuestos a la luz por las crisis actuales.

Los bienes y servicios públicos, conllevan externalidades, es decir sus beneficios sociales tienen mayor importancia respecto a los beneficios individuales provistos. Al expresar beneficios colectivos, éstos no pueden ser traducidos a un precio a financiar de manera individual. Y son de tipo tradicional y nuevo. Entre los tradicionales: justicia, defensa nacional, seguridad, etc. Entre los nuevos, en apreciación de la conciencia global, investigación científica, desarrollo tecnológico, infraestructura económica (comunicaciones, transporte, energía), infraestructura social (salud, educación, vivienda, urbanismo); medio ambiente; etc.

Por otra parte, la producción de esos bienes y servicios públicos y su regulación, se convierten en instrumentos de redistribución directa. Crear infraestructura en una villa de emergencia, destinada a la provisión de agua

potable y cloacas de sus habitantes, implica, a largo plazo, mejores condiciones de salud.

La singularidad de las crisis actuales radica en poner al descubierto, no solo la existencia de un déficit en ese tipo de rubros, sino también la necesidad de empujar políticas progresivas tendientes a ampliar la producción y el acceso a esos bienes. Y ambas posibles, a partir de los avances tecnológicos actuales y en perspectiva: digitalización de la manufactura y los servicios, nuevas fuentes energéticas, materiales creados en laboratorio, medicamentos preventivos en lugar de curativos, etc.

Un caso concreto. El déficit en infraestructura de salud apareció a la vista de todos, cuando los gobiernos de todo el planeta, frente a la pandemia, debieron sacrificar estrategias basadas en criterios científicos, e implementar alternativas con el único objetivo de evitar el colapso hospitalario.

Una situación equivalente se presentó en la pandemia, cuando no fue posible instrumentar de manera masiva el reemplazo de clases presenciales por clases virtuales, debido al déficit en la infraestructura de conectividad de Internet.

También el déficit emerge, por la ausencia de regulaciones mundiales. En materia de salud, la pandemia provocó un descalce en la disponibilidad de vacunas, y no por la capacidad de producción y distribución mundial, sino por el nivel de ingresos de los países. Los “huecos” de la vacunación en África hacen posible la continuidad de la pandemia a través de nuevas variantes del coronavirus y la aparición de nuevos virus y bacterias.

La contratacara de ese déficit de bienes y servicios públicos, es la superabundancia de bienes y servicios privados (autos, electrónica de entretenimiento, turismo, cosmética, artefactos para el hogar, etc.). Incluso esos mismos bienes privados se están convirtiendo en bienes públicos a partir nuevas tecnologías transmutando sus costos sociales (des-economías externas), derivados de su consumo indiscriminado, en beneficios sociales (economías externas). Hemos tenido oportunidad de analizar la definida tendencia de transformación del automóvil, símbolo del capitalismo y de la preeminencia de los bienes privados del siglo XX, en un bien público. (Ver Punto 2.5.1. de la 2da reunión de este año.).

5.5.2.2. La crisis regulatoria

Una crisis en la dimensión institucional, aparece cuando frente a cambios tecnológicos de tipo disruptivo, surge la necesidad de actualizar las regulaciones existentes y generar otras, completamente nuevas.

Los cambios tecnológicos profundos conllevan cambios cualitativos, y generan no solo contradicciones institucionales, sino también, de manera

simultánea, señalan los cambios a realizar con sentido progresivo. Hoy esos cambios han creado un quiebre institucional equivalente a la ruptura producida en la producción artesanal propia del feudalismo, por la aparición de máquinas de producción masiva, en particular, cuando su energía en lugar de provenir de fuente eólica o hídrica, fue alimentada por motores a vapor y pudieron ser localizadas de manera ubicua.

Frente a aquellas condiciones debieron adaptarse las instituciones. Pero no fue fácil, sobre todo frente a las ideologías del statu-quo. Debieron realizar revoluciones políticas para modificar la legislación existente (constituciones y códigos), y de esa manera, imponer nuevas instituciones, adaptadas a las formas de organización de la sociedad exigidas por aquel rotundo cambio tecnológico y sus formas sociales. Allí aparecen temas tales como la propiedad privada, gobiernos republicanos con equilibrio de poderes, el concepto de estado mínimo, etc.

Hoy, estamos ante una etapa equivalente a aquella revolución tecnológica, representada por la incorporación masiva del conocimiento a la producción de bienes y servicios. Esto comienza a exigir otras formas de organización de la sociedad.

Esa tecnología del conocimiento, está representado por la digitalización (robotización de la producción manufacturera, y plataformas compartidas en los servicios); elaboración de medicamentos preventivos en lugar de curativos a partir de los avances en biología molecular, aplicación de las teorías sobre el universo (GPS y rayo láser), y de la mecánica cuántica (computadoras cuánticas, energía por fusión atómica), etc.

Estamos ante una nueva “revolución industrial” equivalente a la concretada en los siglos XVIII y XIX, pues modifica de raíz, la tecnología precedente, caracterizada por los rendimientos decrecientes, típica del capitalismo. Significaba la necesidad de mantener un equilibrio permanente en la composición de los factores de la producción: tierra, trabajo, capital, insumos.

Y se traduce en pérdidas relativas cuando se pretende modificar, de manera unilateral, la proporción de algunos de esos factores. Por otra parte, para aumentar ganancias, debe reducir costos y sólo es posible hacerlo mediante la producción masiva por medio de la máquina de vapor y un consumo concomitante, que exigió ampliar los mercados mediante conquistas coloniales.

Ahora, la digitalización y el resto de tecnologías donde el conocimiento es el principal insumo, ha hecho posible el versus de aquello, es decir una tecnología de rendimientos siempre crecientes a través de toda la curva de producción. Desde la posibilidad de producir una unidad, en condiciones aceptable de costo, mediante impresoras 3-D, hasta millones de ellas. A

través de toda la trayectoria de esa curva y combinaciones posibles de factores, el rendimiento es siempre creciente.

Esa tecnología actual, pero implementada bajo las reglas del anterior capitalismo (todas las constituciones y códigos del planeta son de los siglos XVIII y XIX, y compatibles con una tecnología, ya muy antigua, ahora tienden a generar múltiples contradicciones. Por un lado, profundizan la polarización del ingreso a través de ganancias siderales hasta ahora inimaginables. Por el otro, impone serias limitaciones a las políticas reparativas conocidas como “Estado de Bienestar”.

Y se materializa en el actual enfrentamiento de los gobiernos de los países centrales con las grandes tecnológicas. En particular los países de mayor desarrollo económico, con instituciones capitalistas afianzadas, tales como Estados Unidos, y la Unión Europea. En esos países, (y por ende en el mundo) sólo un puñado de empresas, dominan un nuevo y esencial insumo, la digitalización, fagocitando todo el proceso productivo.

De esa manera, captan y de manera centralizada, una muy importante porción del excedente global, hasta allí, distribuido en el resto de empresas. P.ej., la comercialización del producto, o bien estaba distribuida entre cientos de otras empresas o bien las empresas industriales y de servicios tenían su propia red de comercialización.

En todos los casos esa comercialización fue realizada a través de locales físicos diferenciados, exigiendo ingentes inversiones de baja productividad respecto a su etapa manufacturera. Hoy, todas esas alternativas están siendo reemplazadas por el e-commerce, manejado desde las plataformas digitalizadas de las grandes tecnológicas. Lo mismo podemos decir acerca del manejo de la información de las empresas. Hoy, todas las áreas de servicios de una empresa están subcontratadas y detentan una productividad equivalente a la de su área manufacturera.

Pero no solo en servicios. Este mismo tipo de fenómenos se presenta en la manufactura donde los chips electrónicos adoptaron el status de “insumo masivo” equivalente al papel jugado en la anterior tecnología por los recursos naturales. La capacidad de producción de esos robots, es infinita. Y no solo equipos de uso masivo en el proceso productivo, sino también masiva su incorporación directa al producto final. Alguien ha definido al automóvil actual, de alta gama, como una “computadora con ruedas”.

La proporción de conocimiento en los insumos y en los productos finales, tienden a convertirlos en bienes públicos, pues dada la naturaleza social de ese conocimiento, sus anteriores beneficios individuales y efectos regresivos sociales (caso del automóvil), pueden convertirse en beneficios sociales. Y las contradicciones aparecen porque los estados, frente a estos cam-

bios disruptivos tanto en los procesos productivos como en los bienes finales, no realizan las adaptaciones institucionales necesarias.

En lugar de reformas institucionales, persiste el esquema anterior, compatible con las formas del capitalismo de los siglos XIX y XX. Por un lado, están permitiendo a empresas privadas, apropiarse del manejo excluyente de la nueva tecnología basada en el conocimiento social, y por ende la captación cada vez más concentrada del excedente. Y no mayor, sino del mismo excedente económico, antes más distribuido entre las empresas. Por el otro, se intenta seguir con políticas reparativas, típicas de la concepción de Estado de Bienestar, a fin de compensar los efectos sociales regresivos.

Y allí chocan contra un verdadero muro. El concepto de estado de bienestar se basa en un esquema de imposición progresiva y gasto social. Pero el cuadro impositivo existente corresponde a un sistema económico capitalista clásico, y por ende excluye toda posibilidad de discriminación, es decir impuestos orientados a un determinado tipo de empresas.

Por otra parte, los sistemas impositivos vigentes no pueden captar las super-rentas típicas de las actuales grandes tecnológicas. Necesitarían de una legislación discriminatoria, pero esta sería opuesta al esquema institucional actual, donde sigue vigente el instrumentado en el siglo XX.

Y convierte en utópicas los intentos de imponer impuestos específicos a la actividad de determinadas empresas, incluso solicitado por un grupo de multimillonarios en la reunión de Davos en 2022, conscientes de las crisis que están contribuyendo a crear.

Todos los intentos de captación impositiva de ese excedente (no mayor pero si más concentrado), antes posible por su mayor dispersión, chocan contra el esquema institucional vigente, e impone serias limitaciones al gasto público con orientación social, elemento crucial para realizar las clásicas políticas redistributivas.

Por otra parte, frente a las condiciones objetivas de globalización, agudizadas por las nuevas tecnologías, las regulaciones nacionales y regionales, ya no tienen efecto alguno. Para obtener un mínimo de eficacia en la imposición se requieren regulaciones internacionales. Y aquí se tropieza con serios obstáculos de coordinación mundial (sistemas impositivos, formas de promoción para ingreso de capitales, ideologías “nacionales”, etc.). Y no solo países sin coordinación, sino en competencia feroz para atraer capitales. Un obstáculo adicional a realizar prácticas típicas del concepto de estado de bienestar.

A esto se suman los efectos regresivos de las nuevas tecnologías exigiendo una mayor profundización (y costo social) de las políticas reparativas usuales debido a la precarización del empleo, elusión y evasión imposi-

tiva facilitado por el carácter multinacional de las empresas, aniquilamiento agresivo de todo intento de competencia y control de la información privada.

La raíz del problema radica en los bienes y servicios producidos por esas empresas. Ya no son privados, sino públicos, debido a las economías externas reales y potenciales generadas. Su principal insumo es el conocimiento, de ya reconocida propiedad social, generando rendimientos siempre crecientes, y transformando los beneficios privados de los bienes y servicios en beneficios sociales.

Incluso con efectos negativos sobre la propia democracia. Más arriba hemos aludido al riesgo político del cambio tecnológico a partir de partidos políticos de regresividad extrema a cargo de países con armas de destrucción masiva e instrumentos de control social a su disposición. Aquí surge el déficit regulatorio de las actuales tecnologías disruptivas tales como inteligencia artificial, ingeniería genética, y similares.

El capitalismo anterior, con una tecnología de rendimientos decrecientes, necesitaba de un “dueño” o “gerente”, combinando los factores de la producción, a fin de mantener sus proporciones, y evitar entrar en tramos decrecientes de la curva de producción.

Las nuevas condiciones tecnológicas entran en contradicción con el esquema institucional y se requieren nuevas formas de propiedad para ese tipo de producción a fin de facilitar, en lugar de una redistribución indirecta del ingreso por vía de las políticas de Estado de Bienestar, políticas de redistribución directa a través de la modificación de las formas institucionales de los bienes y servicios públicos.

Hasta aquí, las condiciones analíticas de las políticas progresiva. En las dos próximas reuniones haremos el análisis de la implementación de las políticas concretas, el punto de llegada de estas reuniones del año 2022.

Córdoba, Agosto de 2022

Lic. Daniel Wolovick